

## Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón en videoconexión desde Milán, 6 de mayo de 2020

*Texto de referencia: L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Encuentro, Madrid 2019; puntos 5. Una concepción nueva de la inteligencia y del afecto (pp. 85-89) y 6. Una moralidad nueva (pp. 89-102).*

- *La guerra*

*Gloria*

¡Hola a todos! Muchas veces la prensa ha definido este tiempo de pandemia como tiempo «suspense»; pero los más de cuatrocientos correos recibidos como contribución para esta Escuela de comunidad dicen que entre nosotros no es precisamente un tiempo suspense, porque cualquier circunstancia puede convertirse en parte de la aventura de vivir. Hay una frase de don Giussani que me viene a la mente a menudo estas semanas: «En esto la fe demuestra su verdad: en la capacidad [...] de valorar como camino de madurez cualquier objeción, persecución o prueba; y en la capacidad de convertir todo esto en instrumento y ocasión de maduración» («La larga marcha de la madurez», *Huellas*, n. 3/2008, p. 31).

¿Cómo valorar si esta circunstancia se ha convertido para cada uno de nosotros en ocasión de maduración? Solemos decir que sin juicio no hay experiencia sino solo una serie de iniciativas que tienen las horas contadas porque no nos hacen crecer –de hecho, la naturaleza propia de la experiencia es la de hacer crecer a la persona–. La irrupción de la realidad bajo la forma del coronavirus ha desatado entre nosotros reacciones de todo tipo. Ante este desafío nos hemos propuesto como hipótesis de trabajo para afrontarla la concepción que tiene don Giussani de religiosidad. Todos recordamos la frase del capítulo décimo de *El sentido religioso*: «¿Cuál es la fórmula para recorrer el itinerario que conduce hacia el significado último de la realidad? Vivir lo real [...]. La única condición para ser siempre y verdaderamente religiosos es vivir intensamente lo real» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 155-156). Aún recuerdo el estupor que sentí la primera vez que me encontré delante de esta concepción de religiosidad –para mí fue desconcertante: entré en el seminario de pequeño, imaginad si no había realizado actos religiosos, ¡y aquella frase desafiaba mi concepción de religiosidad!–: no se es más religioso incrementando los actos religiosos como separados de la vida, ¡sino viviendo intensamente lo real!

Por eso a lo que se nos invita, desde que empezó este desafío, es a que cada uno se compare con el carisma de don Giussani. Cada uno puede ver qué ha verificado. Muchas de las contribuciones que han llegado hablan de una proliferación de iniciativas online (whatsapp, palabras, videos, zoom de todo tipo), que nos han inundado de una manera o de otra. Cada uno ha podido valorar su eficacia respecto a la esencialidad de la propuesta del carisma: «vivir intensamente lo real». Todas esas iniciativas ¿han servido como una ayuda para vivir lo real o como un atajo para evitar lo real? Muchas veces puede prevalecer una yuxtaposición de actos “religiosos” vividos formalmente con un racionalismo de fondo, en una especie de dualismo: racionalistas en la forma de afrontar la realidad, con el añadido extrínseco de actos “religiosos”. Con su irrupción inesperada en la realidad, el coronavirus ha hecho saltar por los aires ese dualismo desafiándonos a todos. La situación actual nos permite verificar este «conocimiento nuevo» del que habla la Escuela de comunidad. Todos estamos delante de la misma provocación y cada uno de nosotros ha podido sorprender en sí mismo una actitud, una manera de estar en la realidad –en el aislamiento o en el hacinamiento en casa, delante del teletrabajo o de los hijos–, y ha podido experimentar si, y de qué manera, se ha sorprendido ante este conocimiento nuevo del que habla don Giussani: «Convertirse en una “criatura nueva” significa tener una conciencia nueva, una capacidad de mirar y de comprender lo real»; que se convierte en la «conciencia normal con la que afrontar todo el conjunto de circunstancias de lo real» (p. 85).

Comenzamos entonces el camino de esta noche. ¿Cómo hemos descubierto, sorprendido, en nosotros mismos, en la manera en que hemos afrontado una circunstancia que nos afecta a todos, este conocimiento nuevo?

*Lo primero de lo que me estoy dando cuenta es que lo que soy, la verdad de mí misma, coincide cada vez más con pertenecer a esta compañía que es el movimiento, la forma particular de la Iglesia que me ha salido al encuentro. Este descubrimiento es una certeza de la que estoy tomando conciencia plenamente estos días, en los que la lucha con mi pretensión de autonomía se ve más radical y fácilmente desenmascarada. Te cuento un hecho en el que lo he visto más claro. Estoy pasando mi cuarentena en casa con mi madre, mi padre y mi hermana pequeña; mi madre es como un león enjaulado; mi padre es un tipo más equilibrado. Delante de quien me ha generado surgía en mí una esperanza más profunda, que ya nada puede arrancar. Se me hacía evidente que esa esperanza, tan arraigada en mí, no viene de mi “educación familiar”, ni tampoco de mí misma. En mí, con este carácter, con todos mis límites, habita una certeza por la cual, ante un futuro incierto, ante una realidad potencialmente complicada, estoy segura de que ahí también habrá un bien. Pero al darme cuenta de que esto no nacía de mí, me preguntaba: «¿Entonces de dónde viene?». En el trabajo continuo de estos años, en los que nos acompañas para reconocer a Cristo en la realidad, se ha ido acumulando, una capa sobre otra, como una roca sedimentaria, una certeza granítica. Este es mi primer descubrimiento: ha crecido y está creciendo en mí una certeza más grande que yo, fruto de la pertenencia continua a esta compañía, es decir, la certeza de que la realidad es positiva porque está habitada por una Presencia que me ama. El segundo descubrimiento es también una pregunta. Estudio Medicina y en este periodo me siento especialmente llamada a involucrarme, noto en mi corazón el profundo deseo de darlo todo, movida por el hecho de que Jesús lo dio todo por nosotros y realizó el mayor sacrificio. El sacrificio es una cuestión que me intriga porque lo suelo percibir como una renuncia, y no me gusta, yo no quiero renunciar a nada. Los hechos de estos días me han hecho darme cuenta con más claridad de que estoy más contenta cuando sirvo. En esto me han acompañado ciertas cuestiones domésticas en las que me veo más contenta cuando me entrego a mi familia, o mi primer día en la centralita de un call-center –que ha puesto en marcha mi Región con estudiantes de Medicina para informar sobre el coronavirus–, me ha llamado la atención ver que al acabar el turno estaba contenta, y los demás también, gente desconocida a mi alrededor. No soy la única, ¡todos los hombres están hechos para servir! De este deseo de darlo todo nace mi pregunta. Intuyo que darlo todo implica un sacrificio, pero hay una última resistencia en mí. ¿Cómo se puede vivir como Jesús, dócil y obediente al Padre al sacrificarse por entero, al ser traicionado, al dar su vida?*

Lo primero que me sorprende de lo que dices es la sorpresa de ver en ti una manera distinta de estar en el conjunto de circunstancias de la realidad, como dice la Escuela de comunidad, en casa y en el call-center. Hasta tal punto que surge en ti la pregunta: «¿Pero entonces de dónde viene?». Lo primero que has hecho es una constatación. Este «conocimiento nuevo» no ha sido fruto de un esfuerzo tuyo, no has tenido que generarlo tú. Ha sido una sorpresa. Uno percibe en sí mismo esta novedad, perteneciendo a una compañía como la nuestra se siente generado, y con esta conciencia afronta la realidad. Como dice Giussani, es «la conciencia normal con la que afrontar todo el conjunto de circunstancias de lo real». Tú te has sorprendido afrontando las circunstancias de forma diferente. Y al mismo tiempo, ¿de qué te has sorprendido? De que estabas más contenta cuando servías. Entonces, ¿por qué te preocupa el sacrificio y tu resistencia a él? Se trata sencillamente de secundar ese gusto por servir que has empezado a saborear sin haber tenido que hacer un particular esfuerzo. ¿Por qué? Porque estás más contenta, porque eso se ha mostrado a tus ojos como un “plus” de intensidad humana, de belleza humana, hasta tal punto es cierto que también lo has reconocido en los demás cuando lo has visto. Por eso, secundando el lugar que Cristo te ha dado para generarte, crecerá en ti la disponibilidad al sacrificio y te sorprenderás, como dice también el inicio de la Escuela de comunidad, con una capacidad de adhesión –como has visto– y dedicación a la realidad de la que antes tal vez no tenías conciencia. Haciendo camino, vendrá también lo demás.

*El 3 de abril, en plena pandemia, nació mi sexta hija.*

¡Enhorabuena!

*Gracias. Este hecho ha amplificado la provocación que estas semanas ya suponían para mí. Las visitas al hospital, la incertidumbre, las dificultades para organizar el cuidado de los niños, el miedo al virus, todas estas cosas se fueron juntando y me hicieron caer presa de la preocupación. Ahora estamos en casa y estamos bien, pero me observo estas semanas y me surgen muchas preguntas respecto a la Escuela de comunidad. Cuando el punto 5 habla de la criatura nueva y de cómo mira las cosas, yo me veo aún muy verde, muy “del mundo” en comparación con la mirada que ahí se describe. La mayoría de las veces juzgo, como dice el texto, según el «me gusta, no me gusta», «me cuesta, no me cuesta». Mientras que el texto describe así el conocimiento nuevo: «Me meto hasta la raíz del rostro de las cosas y llego hasta el punto en el que la cosa es Otro que la hace, el Tú que la hace, Cristo» (p. 89). Pero este no es mi criterio de juicio. Especialmente los días en que siento más miedo por mí y por mis hijos, me rebelo a la idea de que las cosas no estén bajo mi control y trato de reorganizar la vida para agarrar el timón. Luego, obviamente, no lo consigo, pero tampoco consigo pensar de otra manera. Al mismo tiempo, hay muchos signos de que algo nuevo ha sucedido en mi vida, por ejemplo todos los médicos del hospital que se sorprendían por el hecho de que tuviéramos seis hijos (a pesar de que no soy precisamente un ama de casa ideal) o las enfermeras que entraban en la habitación y me decían: «Qué gusto entrar aquí, porque usted siempre sonrío». Yo también me sorprendo de esta novedad y me pregunto: «¿Cómo pueden estar las dos cosas juntas, el hecho de pensar y vivir como todos la mayor parte de mi tiempo, y a la vez darse cuenta de que ya hay una novedad que invade mi vida a pesar de mi inmadurez?».*

Lo primero que puedo decirte es la exaltación que percibo cuando veo que caéis en la cuenta de algo, porque no es habitual. Muchas veces contamos cosas y no nos damos cuenta, mientras que tú te has dado cuenta de que tu criterio de juicio no es el que sugiere la Escuela de comunidad, y eso ya es por sí mismo un paso de conciencia. Lo segundo es que empiezas a darte cuenta de que, aunque aún no sea tu criterio de juicio en todos los terminales de la vida, ya hay una novedad que ha entrado en tu vida a pesar de tu inmadurez. Eso quiere decir que todos –tú y nosotros– estamos en camino. Porque siempre hay un camino por hacer, a lo largo del cual ya empezamos a ver que ese brote sigue floreciendo. Y eso basta, igual que tú te sorprendes por cómo ves aflorar en ti una novedad que te asombra. Pero eso solo sucede si secundamos el método de Dios que nos recuerda la Escuela de comunidad: «Cristo [...] ha entablado, como *vir pugnator*, una lucha por “invadir” nuestra existencia» (p. 76), ha comenzado esta batalla en nosotros para introducirnos en la experiencia de esta novedad y seguirá haciéndote florecer, por tu bien, el de tus seis hijos, el de tu marido y el de todos nosotros.

¿Cómo nace este conocimiento del que hablaba la primera intervención y que sorprendía a nuestra amiga ahora?

*Quería entender el nexo entre acontecimiento y memoria. En Crear huellas en la historia del mundo, el libro que estamos trabajando, Giussani habla mucho de memoria. En el primer capítulo le dedica un apartado del punto octavo: «La palabra memoria indica la profundidad histórica que tiene el encuentro hasta alcanzar la raíz de la que nace en última instancia» (p. 51). En el segundo capítulo lo retoma, hablando del Bautismo: «Pero el que ha sido elegido también puede hundirse en el océano fangoso del mundo: cediendo a la desmemoria, no viviendo esa memoria que es la conciencia de la presencia de Cristo, evento real en la vida del hombre» (pp. 79). Y en el texto que estamos trabajando también habla de la memoria: «Mediante la memoria, el acontecimiento que experimento entra con toda su riqueza en el flujo del tiempo y del espacio, formando parte de una historia» (pp. 101). Me pregunto, sobre todo estos días de gran silencio y cambio en nuestras actividades cotidianas, qué significa hacer memoria, sin reducirlo a un entrenamiento mental al que reservamos ciertos momentos de silencio en nuestras jornadas. Y sobre todo, ¿qué significa*

*que la memoria no sustituye la contemporaneidad de un acontecimiento, la conmoción vívida de Pedro delante de una presencia que le interrogaba? Resumiendo, ¿cuál es la relación entre memoria y contemporaneidad?*

Como hemos visto, el «conocimiento nuevo» nace de un acontecimiento y este es el inicio de una memoria con la que afrontarlo todo. En la primera intervención se veía muy bien, aunque con otras palabras: perteneciendo a un lugar como el movimiento, a nuestra amiga le era más fácil reconocer a Cristo, «se ha ido acumulando, una capa sobre otra, como una roca sedimentaria, una certeza granítica» que va configurando su persona. Exactamente igual que la familiaridad con Jesús hacía que Pedro poco a poco se fuera viendo invadido por esta memoria. Eso no impedía que a veces se equivocara, cometiera errores como todos, pero cuando Jesús le desafía: «¿También vosotros queréis marcharos?», lo que emerge en él es la memoria de todo lo que ha visto: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68). Como ves, acontecimiento y memoria interactúan constantemente, como dice el texto que has citado: «Mediante la memoria, el acontecimiento que experimento entra con toda su riqueza en el flujo del tiempo y del espacio, formando parte de una historia» (pp. 101); y lo sorprende en mí mismo al afrontar esta nueva situación. Como decíamos al principio, empiezo a afrontar el conjunto de circunstancias que se me dan con esa «conciencia normal» que se va generando en nosotros. Por eso es más difícil, cuando uno percibe que pertenece así, reducir la memoria a un «entrenamiento mental»; un entrenamiento mental no es capaz de mantenerse ante los desafíos que estamos viviendo. Más que las explicaciones, la provocación de la realidad es lo que nos lleva a verificar si nuestra memoria es un entrenamiento mental o la conciencia de un acontecimiento presente.

*Desde hace un mes, después de tener que suspender mi actividad académica como bibliista, dedico mi tiempo a ser capellán de un hospital atendiendo a enfermos de Covid-19. En este tiempo, mi razón y mi afecto se han visto desafiados por un problema de conocimiento: ¿qué es el dolor, qué es la muerte? Y, por tanto, ¿qué es la vida? Todos los días debo mirar a la cara a estas preguntas delante de los enfermos que sufren y mueren. Nunca como estos días he podido entender, dentro de un camino que quiero contarte, qué significa esto que dice la Escuela de comunidad: «La criatura nueva tiene una mens nuova [...], una capacidad de conocer lo real distinta de la que tienen los demás», y también lo que indica como origen de este conocimiento nuevo: la «adhesión a un acontecimiento» (p. 85). En el hospital no puedes eludirlo, nadie puede mirar a otro lado, todos estamos delante del hecho del sufrimiento y de la muerte. De esta cuestión del conocimiento que todos debemos afrontar. Una mirada analítica a la realidad, a la que me veo arrastrado continuamente, parece concluir que todo termina en la nada, no somos más que física y química, la única ley de la vida es la que sigue este virus: las leyes de la ciencia; no hay un designio bueno, somos fruto del azar –todos parecen mirar así la realidad, aunque tal vez no lo expresen con estas palabras–. La conclusión es que el resto de cosas son poesía, incluido eso que se da en llamar «religión»: un hermoso pero absurdo consuelo para los que quedan. ¿Resultado? Debo confesarlo: ahogo. ¿Por qué? Tú siempre nos lo has dicho: «¿Te ahogas? Te ahogas porque eres positivista». Es decir, «no conoces verdaderamente la realidad, te faltan factores». Entonces empezó para mí en el hospital un buen trabajo de la razón, como el que Jesús obligaba a hacer a sus discípulos, por ejemplo en la barca cuando olvidaron el pan. Es el trabajo de una razón empeñada afectivamente delante de un acontecimiento, no una razón abandonada en soledad con sus pensamientos intentando hacer un análisis imposible de todos los factores en juego. Eso es lo que quiere decir «pensar partiendo de un acontecimiento» (p. 85). Si me preguntaran: «¿A quién has conocido estos años? ¿Qué ha entrado en tu vida? ¿Quién ha conquistado tu razón y tu afecto? ¿Quieres reducir todo esto a cero?», ciertamente podría decir que he conocido el Misterio de Dios hecho carne. Aquel que me sostiene en el ser en este instante ha entrado en la historia y yo lo he conocido. Y empiezo a respirar. No por un nuevo milagro en forma de input sentimental sino por un recorrido de la razón que vuelve a reconocer algo que existe. Un recorrido que sería imposible sin la contemporaneidad de un rostro, el de Cristo, «instrumento de un trabajo que no se pierda por*

*completo en el mero intuir en soledad» (P.P. Pasolini). Entonces me doy cuenta de la mentira de esa mirada analítica a la realidad que parece concluir que todo acabe en la nada. En la Escuela de comunidad, don Giussani con gran lucidez identifica esa mentira: «La mentalidad común, [...] para juzgar, tiende siempre a subsumir lo particular dentro de lo universal abstracto» (pp. 85). Lo universal abstracto sería el dato al que llega la razón universal: la muerte, el decaer de todo. Según esta mentalidad, el acontecimiento particular, histórico, de Jesús no tendría la capacidad de explicar un problema universal de la razón, como la muerte. ¡¿Pero quién lo dice?! Cuando entro en el hospital, entra conmigo este acontecimiento nuevo que ha cambiado la historia. Entra un conocimiento nuevo sobre el problema que todos deben afrontar: el sufrimiento, la muerte. Lo primero que me sorprende es que el acontecimiento de Jesús abre mi razón, al menos en dos sentidos. En primer lugar, me permite conocer que antes del dato de la muerte está la sorpresa ante el dato del ser. ¡No se puede concluir que todo es nada! Decir que todo es nada es una mentira de la mentalidad común. Ciertamente, somos una realidad contingente, pero precisamente el hombre es ese nivel de la naturaleza en el que esta «experimenta que es contingente», es decir, «subsiste por otra cosa, ya que no se hace a sí misma», como hemos aprendido en el capítulo décimo de El sentido religioso (p. 153). ¡Cuánto me ha acompañado este capítulo, una verdadera ayuda para hacer un trabajo sobre el instrumento del pensamiento! En segundo lugar, el acontecimiento de Cristo que ha alcanzado mi historia me hace conocer el rostro de ese Misterio que la razón puede intuir en el dato de las cosas. Sin este acontecimiento particular, yo no habría podido conocerlo. ¡Pero yo lo he conocido! Mi conocimiento se ha topado con él en la historia. Yo entro en el hospital con esta novedad de conocimiento y te puedo asegurar, Julián, que en este momento histórico es un conocimiento más necesario que nunca, pues los enfermos están solos en sus habitaciones, sin su marido o mujer, sin sus hijos. Así puedo susurrar al oído de los moribundos, con las palabras de don Giussani en la Escuela de comunidad: «Hay una relación con el Misterio que hace todas las cosas, hay una relación con el Misterio hecho carne, hombre, Jesús, que es inmensamente más humana, más mía, más inmediata, más tenaz, más tierna, más inevitable que cualquier otra relación –con mi madre, con mi padre, con mi novia, con mi esposa o con los hijos [¡parece el listado de familiares que no pueden acompañar a los enfermos en los hospitales!]-, que la relación que tengo con todos y con todo» (p. 88). Esta es la novedad que ha entrado en la historia a través de un acontecimiento particular: ¡hay una relación con el misterio hecho carne que es más inevitable y tierna que la relación con mi madre! Él ha muerto y ha resucitado, introduciendo una luz nueva sobre la muerte. Un conocimiento nuevo. Gracias, Julián, por desafiarme a este nivel, permitiéndome hacer un camino humano de conocimiento de la realidad. Ciertamente puedo decir que estas semanas me he vuelto más religioso, he conocido mejor el misterio de lo real y a Cristo que lo sostiene.*

Este recorrido que has hecho –y que habría que retomar con calma– es una oportunidad para cada uno de nosotros para ver qué significa, existencialmente hablando, que un acontecimiento particular en la historia representa la clave para iluminarlo todo, porque tiene una pretensión universal respecto al problema del vivir. El hecho de haber visto a Jesús resucitado (un hecho particular) tiene la pretensión de explicar un problema universal de la razón (en el caso que has citado, el problema de la muerte, delante del cual no hay escapatorias). Este hecho particular –la resurrección de Cristo, que estamos viviendo en este tiempo litúrgico– se plantea como la solución de un problema como la muerte. Tiene una pretensión universal, pero es un punto particular. ¿Por qué es fundamental lo que has contado? Porque si no nos contamos ejemplos con los que podamos ver que solo a través de una relación particular podemos vivir la realidad de un modo verdadero, acabaremos reduciendo todo a nuestros análisis. Por eso es tan importante sorprender, como decíamos antes, que la pertenencia genera una posibilidad de mirar lo que viven todos con una intensidad y una densidad que los demás no logran tener. Y no porque seamos visionarios sino porque, por el hecho de pertenecer a un lugar, podemos mirarlo todo de manera distinta. Por eso me interesa que sorprendáis en los episodios más banales del vivir de dónde nace este conocimiento nuevo.

*Quería contarte algunos episodios que me han pasado con mi hija, de casi cuatro años.*

¡Eso es! Me gusta hablar de esto, de la relación con tu hija. Algo que parece no tener nada que ver, aparentemente, con el «conocimiento nuevo», con la fe. ¿Cómo la relación con tu hija te ha introducido en una mirada más adecuada a la realidad? ¡Cuéntanos!

*Son episodios que me han venido a la mente leyendo las páginas de la Escuela de comunidad indicadas para este encuentro. Al principio de la cuarentena mi hija parecía bastante serena. Pero hace casi dos semanas, casi de repente, me dijo que quería volver a hacer las cosas bonitas que hacía antes y se echó a llorar. Al día siguiente la llevé un rato al parque de nuestra urbanización a jugar y me preguntó: «Mamá, ¿pero tú eres feliz?»; yo le respondí que sí y le pregunté si ella lo era. Me dijo que sí, que lo es cuando yo estoy y cuando está conmigo. Aparte de esto, me plantea muchísimas preguntas y cuestiones; por ejemplo, me dice: «tengo miedo de que no estés, mamá, me da miedo que vuelvas al trabajo» (soy médico; ahora estoy de baja de maternidad pero pronto volveré a trabajar). Al leer la parte de la Escuela de comunidad sobre la moralidad, el «sí» de Pedro y su relación con Jesús, enseguida pensé en sus ojos y en estas conversaciones con mi hija. Es evidente que toda ella vive imantada por una presencia (la de su madre) a la que puede plantear cualquier pregunta, en cuya relación toda posibilidad de mal que pueda realizarse en el futuro no importa; me venía a la mente cuando ella me decía: «soy feliz cuando estoy contigo», o: «tengo miedo de que no estés». Verla tan nostálgica y llena de preguntas es como si me hubiera puesto encima un velo de tristeza. Pienso en el hecho de que todos los días me empeño mucho en hacer cosas bonitas juntas pero evidentemente no le basta; o, mejor, lo único que necesita es un amor, una presencia amorosa. Se me hacía evidente que volvía a partir de una capacidad mía (lo que consigo hacer o no con los niños), de mis límites y no de una relación que lo «invade todo», como describe la Escuela de comunidad, y cómo me ayudaba a darme cuenta y descubrirlo gracias a algunos amigos en la última Escuela de comunidad de nuestro grupo, donde conté estas conversaciones con ella. ¡Gracias por cómo me ayudas siempre!*

Me sorprende lo que percibes en tu hija, no por lo buena que es sino por la capacidad que tiene de conocer. ¿Qué es lo que determina su relación con la realidad? Tu presencia, un particular. Y esto le da una mirada más adecuada a la realidad. Tu hija, totalmente imantada por una presencia –un acontecimiento particular– resuelve un problema universal que tenemos todos: la felicidad; esa relación define su manera de estar en la realidad. Si falta este particular –tú–, ella queda determinada por el miedo. Pero nosotros, teniendo delante hechos como este, nos quedamos como estábamos, porque no nos introducen en la realidad; de hecho, tú inmediatamente después te flagelas porque no eres capaz de quitar ese velo de tristeza, cuando lo más espectacular es ver lo que tu hija te está diciendo sobre este paso de la Escuela de comunidad: es una presencia real, histórica, particular, lo que te introduce en la totalidad de lo real. No es que tu hija haya hecho un análisis de la situación más agudo que el tuyo, pero ha percibido mejor la realidad, teniéndote a ti delante. ¿Recordáis el ejemplo que puse hace unos años del niño en el parque de atracciones? Totalmente emocionado cuando está en compañía de sus padres y asustado cuando se separa de ellos (como tu hija cuando se separa de ti). Entonces, ¿cuál es la verdadera modalidad de ver lo real? ¿Cuándo el niño está con sus padres o cuando, estando solo, está totalmente determinado por el miedo? La verdadera realidad es la que él ve –la que tu hija ve– cuando está acompañado por una presencia. Eso es lo que Giussani tiene ante sus ojos al mirarlo todo: una Presencia. Por eso, la cuestión es prestar atención a lo que sucede. Me ha llamado mucho la atención leer, en una reseña de prensa que realizan nuestros amigos de Madrid, el artículo de un escritor español, Jesús Montiel, que se ha visto imantado, como tú, por lo que veía suceder en sus hijos. Escribe: «Mis hijos no dejan de sorprenderme. Durante el confinamiento no han pronunciado una sola queja; al contrario que nosotros, los adultos. Aceptan la situación porque la verdadera normalidad de un niño es su familia». Para él, no es solo una cuestión de ahora, de hecho ya escribió una novela describiendo la enfermedad de su hijo: «Recuerdo otra cuarentena más larga, en un hospital. El cáncer de mi hijo mayor nos obligó a vivir en la planta de oncología infantil durante dos años. Tampoco en esas circunstancias se quejó. Con dos, tres y cuatro años. Aquellos niños calvos exhibían una docilidad

escandalosa, no pataleaban. Y aquella actitud discipular, tan lejos de la murmuración adulta, fue una lección imborrable para mí. Ahora vuelvo a ver esa misma aceptación en él y sus hermanos. Es sorprendente. Una aceptación que no es conformismo sino auténtica conformidad», sin introducir en la mirada nada extraño; lo mismo que te dice tu hija, Montiel lo escribe de sus hijos: «Nos bastáis vosotros, dicen. Y además lo dicen sin palabras, con el lenguaje de los sabios: las obras. La vida se trata de un regreso a esta sabiduría milenaria que los niños ostentan sin esfuerzo, volcados en el presente que nosotros desatendemos [y por eso enseguida nos agitamos]. Me conmueven mis hijos estos días, y a veces lloro a escondidas por todo lo que me dan sin pedir nada a cambio. Son señales de tráfico para mi alma, que a veces anda desorientada. Los niños son, creo, la prueba de que no estamos hechos para los planes sino para vivir amando y siendo amados. Solo así la actualidad [los desafíos] cobra sentido y el presente no se derrumba» (*The Objective*, 2 de abril de 2020).

Teniendo esto presente, podemos releer ahora este fragmento de la Escuela de comunidad: «La forma en que nace el criterio para juzgar puede indicarse sistemáticamente con la palabra *mirada*. Se trata de permanecer frente al acontecimiento que hemos conocido sin truncar en un momento determinado la lealtad de la mirada» (p. 86). ¿Y de dónde toma ejemplo don Giussani para que entendamos de qué está hablando? «Como un niño frente a lo real, que no inventa nada, que no permite que penetre ninguna otra preocupación en su mirada». Esto bastaría como señal para entender si hemos truncado nuestra relación con el acontecimiento que hemos encontrado, nuestra mirada hacia él: si se introducen preocupaciones extrañas. En cuanto dejamos de tener esta posición de niño, empezamos a preocuparnos, mientras que «es la lealtad de la mirada al acontecimiento lo que nos lleva lejos» (p. 87). ¿Quién más lo ha descubierto en su relación con los niños?

*Los primeros días que el coronavirus nos encerró en casa fue evidente que aquello me superaba y que no podía más que aceptar abrir espacio a lo que estaba pasando. Fueron días realmente ricos y preciosos. Aprendí a mirar a mis hijos desde otra perspectiva. Nos hacíamos mucha compañía. Los niños no podían creer que nos tuvieran totalmente para ellos, día y noche. Y sin las prisas habituales de los días normales. Aprendimos a disfrutar de nuestra casa, a hacer silencio, jugar juntos, ver una buena película y estudiar. También me llamó mucho la atención que ellos, respondiendo a una propuesta nuestra, aceptaran inmediatamente rezar juntos un misterio del rosario todas las noches para confiar a la Virgen este momento tan especial. Mientras, el tiempo iba pasando y yo, como suele pasar, también me he “acostumbrado” a esto. He empezado a “poner en orden” las cosas según tenía en mi cabeza. Lo que al principio miraba suceder se convirtió en algo que creaba yo, según cómo me sintiera esa mañana. Dejé de abrir espacio al Misterio y me quedé triste. Las jornadas se hicieron pesadas. Luego leí la Escuela de comunidad: «“Y mientras vivo en esta carne”, esto es, en la situación tal cual es [...], “vivo de la fe en el Hijo de Dios”, es decir, pertenezco a un acontecimiento, a un origen que cambia la forma de mi mirada» (p. 87). ¿Pero por qué, si es tan evidente, le cuesta tanto cambiar a mi mirada? Me escandaliza el hecho de que lo divino coincida con la consistencia última de lo real, del hombre. Yo me quedo en mi límite. No «adoro» el rostro de mi marido sino que más bien me fijo en que él no es como me gustaría. ¿Es posible que para dejar espacio al Misterio y mirarlo en acción yo necesite que suceda continuamente un coronavirus?*

¿Qué te enseñan tus hijos? ¿Ellos necesitan el coronavirus o la presencia de su madre?

*La presencia.*

No es el coronavirus lo que nos hace tener esta mirada, y lo veremos cuando salgamos del aislamiento. Como decíamos antes, solo el acontecimiento que vuelve a suceder es capaz de hacernos mantener constantemente esta mirada en vez de truncarla. Como ves, llega un momento en que ya no dejamos espacio al Misterio, es decir, nos separamos de Él, y entonces empezamos a flagelarnos, aparece ese «velo de tristeza» porque no somos nosotros los que resolvemos los problemas de nuestros hijos (ni el del marido, ni el nuestro); la única posibilidad es dejarnos atraer constantemente –sin dejar que penetre otra preocupación– por una presencia que introduce en

nosotros una novedad, igual que la introduce en los hijos. Los hijos nos recuerdan, como dice este escritor español, cuál es la verdadera actitud. No es un problema de moralismo, de un esfuerzo que debamos realizar, sino de mirada. «Es un *affectus* como el que tenía Simón, cuyo afecto a Jesús era tan profundo y puro, lo que lleva lejos nuestra capacidad de juzgar adecuadamente la realidad» (p. 87).

*En el quinto punto del segundo capítulo del libro me han llamado la atención las siguientes palabras, después del párrafo que explica lo que significa mirar el rostro de una chica según la carne; dice el texto: «Y aun viviendo en la carne vivo en la fe» quiere decir en cambio que afronto la relación con ella dentro de la fe en el Hijo de Dios, dentro de la adhesión a Cristo. Y entonces esa chica es, en la medida de su atractivo, el signo por medio del cual estoy invitado a adherirme con la carne al ser de las cosas, a descender a la realidad de las cosas, hasta donde las cosas mismas se hacen» (p. 88). Estas palabras me fascinan, diría que tanto como las de la mítica página 156 del capítulo décimo de El Sentido Religioso, la del «vivir intensamente lo real», hasta el punto de que estos días muchas veces me digo: «Hoy, mañana, quiero ver qué significa exactamente relacionarme así con mi mujer y mis hijos». Teletrabajando desde casa, no tengo muchas más opciones en este periodo. ¿Y entonces qué ha pasado cuando he comenzado mis jornadas con este propósito? Lo cierto es que poco, poco se ha visto de esa intensidad; podría decir que me he encontrado haciendo la experiencia de «vivir distraídamente lo real», nada que ver con la profundidad y todo eso que el libro explica tan bien. Llevado totalmente por las cosas que hacer, los correos que leer y enviar, las videollamadas, mis jornadas suelen transcurrir de manera “superficial” y por la noche me encuentro invadido de tristeza y aridez, muchas veces enfadado conmigo mismo por haber tratado “distraídamente” a los que me encuentro y a mí mismo. Me he preguntado y me pregunto por qué. ¿Por qué esta fascinación que siento por las palabras de la Escuela de comunidad luego no se traduce en una forma de vivir igualmente “hermosa” y adecuada a mi deseo? ¿Acaso porque no lo pido de verdad? ¿Acaso porque en el fondo me paro un poco antes? Necesitaría ayuda en esto.*

¿Qué te sugiere la Escuela de comunidad? El Misterio sale a tu encuentro, te invita a «vivir intensamente lo real». Se trata entonces de aceptar la provocación de la realidad a través de alguien o algo –por ejemplo una frase, como has dicho citando el libro: «vivo de la fe...»– de quien se sirve el Misterio para llamar a tu puerta y sacarte de la distracción. No serán tus propósitos lo que te saque de esta situación, sino secundar, igual que los niños, esta modalidad: dejarse atraer por una presencia. ¡Cuánto tiempo perdemos al no secundar la modalidad con que don Giussani nos introduce en lo real! Es la misma modalidad que vemos en los niños, ¡facilísimo! Por eso me interesa poner delante de todos nosotros a los niños, y don Giussani nos invita a reconocerlo. No debemos enfadarnos por no ser capaces de vencer la aridez y la tristeza que sentimos dentro. Si fuéramos capaces, no necesitaríamos a nadie. Por eso es inútil quejarse, ante todo debemos aprender de lo que dice Jesús: solo quien es como un niño puede entrar en el reino de Dios, puede participar en la novedad que Él ha introducido en el mundo (cfr. Mt 18,1-5). ¿Quién lo ha percibido?

*Te cuento brevemente estas últimas semanas. El listón del desafío está cada vez más alto para mí. Estos días suelo pensar que me gustaría estar en otra parte, con mi familia (pues entre otras cosas hace unos días nació mi sobrino), con mis amigos o sencillamente dedicándome a mis cosas. Una mañana me desperté y me di cuenta de que estaba a la defensiva. Se había introducido una hipótesis distinta.*

¡Esta es la cuestión! Puedes levantarte «a la defensiva», pero la cuestión es si dejas entrar «una hipótesis distinta».

*O mejor dicho, una pregunta sobre la realidad que me esperaba al otro lado de la puerta de la habitación: «¿De qué tienes miedo? ¿Crees que incluso aquí, incluso hoy, no puede haber algo para ti?». Qué inmensa gratitud por esta mirada distinta que siempre se me ofrece como posibilidad, porque se ha introducido en mi vida. Si hoy también quiero vivir la vida con un*



*significado, no tengo otro lugar más que las circunstancias que se me dan. Esa jornada no fue por un esfuerzo, un resistir hasta que finalmente pueda hacer lo que deseo, aunque sea justo. Fue un vivir libre, llena tan solo del deseo y la curiosidad por lo que había para mí. Intuyo que en juego hay algo muy valioso para mí. Lo peor que podría pasarme es empezar a vivir avalando mi visión de las cosas sin ver ya la realidad. Deseo con todo mi corazón dejarme desafiar por la realidad, tal como es, sin amortiguar el grito. Por ejemplo, me han propuesto miles de llamadas, aperitivos y juegos virtuales a distancia con amigos... Un poco puede ser divertido, pero prefiero no reducir el drama de la ausencia, de la nostalgia, y dejarme tocar hasta el fondo. La primera gracia que veo en mi vida es mi cambio, es decir, el saber estar delante de la circunstancia que se me da; y luego que surjan en mí las preguntas, sobre todo una pregunta que me abre, que no solo se refiere a decir sí a ciertas cosas sino que es más profunda, una apertura a dejarme plantear realmente esa pregunta: «¿Tú me amas? ¿Hay algo por lo que te defiendas de mí porque temes que ahí no puedo vencer?». Esta apertura última me parece lo más valioso que hay en juego para mí, esta moralidad como dice la Escuela de comunidad. No sabes cómo agradezco el hecho de que haya alguien que siga teniendo vivo este deseo de vida de verdad, siempre y en todas partes, que me quiera viva y que profundice continuamente en mi mirada, que me siga planteando de mil maneras distintas, pero siempre –en el fondo– esta pregunta: «¿Tú me amas? ¿Quieres estar conmigo ahora, aquí, donde no te falta nada si estoy Yo?». Te agradezco tu gran amistad.*

¿Veis? Nadie nos asegura que podamos levantarnos por la mañana sin estar a la defensiva, pero uno puede abrirse en todo caso a otra posibilidad y empezar a mirar las circunstancias aceptando dejarse tocar por lo que le sale al encuentro, como nos enseña don Giussani. Y cuando no se deja distraer por otras cosas, aunque parezcan facilitar la solución, sino que acepta la realidad tal como es, empieza a darse cuenta de que el cambio no consiste tanto en hacer otras cosas sino en una apertura, una apertura a ese Tú que le sale al encuentro en esa circunstancia: «¿Pero tú me amas? ¿Entonces por qué tienes miedo?». Dejar entrar a este Tú, sin trincar la lealtad de nuestra mirada a Él, hace posible el «conocimiento nuevo»; nos introduce en él cuando nos adherimos con toda nuestra libertad a ese Tú.

*Esta es la experiencia que he tenido del conocimiento nuevo, que «la única posibilidad de relacionarse con la realidad sin prejuicios, teniendo en cuenta todos sus factores» (como dice el punto 5, página 86) solo es posible partiendo de la contemporaneidad «con el acontecimiento que lo produce». Hace poco tuve problemas en el trabajo y no conseguía recuperarme, aquello me definía. Fui a releer tu artículo de Navidad en el ABC porque recordaba que me había impactado esta frase: «¿Por qué no te miras como te miro yo, como yo miro tu humanidad? ¿No te das cuenta de que me he hecho niño precisamente para mostrarte toda la preferencia que tengo por ti?» (26 de diciembre de 2019). Esto abrió un resquicio. Poco a poco volví a respirar y hubo un primer cambio de mirada que ya me arrancaba de la nada. Pero no acabó aquí, porque en los días siguientes leí la Escuela de comunidad, en la página 87-88: «Viviendo en la carne, participo de un acontecimiento que me vuelve capaz de tener una comprensión nueva, más profunda y verdadera de mis circunstancias». Afrontando las circunstancias con la fe del Hijo de Dios, con la adhesión a Cristo, «estoy invitada a adherirme con la carne al ser de las cosas, a descender a la realidad de las cosas, hasta donde las cosas mismas se hacen». Esto me hizo darme cuenta de que me había quedado en el impacto y no había descendido a la carne de las cosas. Mientras que, en cambio, cuando descendo «a la realidad de las cosas, hasta donde las cosas mismas se hacen», entonces «la persona que tengo delante de mí, sea quien sea, es y marca el camino siguiendo el cual llegaré a Cristo, al Tú del que están hechas todas las cosas; y, por consiguiente, tengo estima de ella, la respeto, la adoro, puedo adorar su rostro» (pp. 88). Esto ha sido como una revolución copernicana, porque de repente se me hizo evidente que la relación con cualquier persona, incluso con las que tenía esa dificultad, podía ser una ocasión en vez de un impedimento, una posibilidad deseable para mí y para ellas. Además, entendí una cosa de mí misma: que solo dentro del abrazo de un Tú que me ama y me quiere, puedo admitir mis límites sin problemas, libre, sin sentirme*

*definida por ellos, de lo contrario me defiendo. Termino diciendo que el hecho de que la Escuela de comunidad, a veces tan compleja, me haya hablado en mi confrontación con las circunstancias ha sido un acontecimiento. ¡La Escuela ha iluminado la realidad, que a su vez ha iluminado la Escuela! Estoy muy contenta porque a veces envidiaba a la gente que interviene en esta Escuela porque a mí no me pasa como a ellos. En cambio, hoy me ha pasado también a mí, en mi pequeña circunstancia; tal vez solo haya que tener la humildad de seguir mirando y mantener la lealtad de la mirada hacia este acontecimiento.*

Así es. «Esto me hizo darme cuenta de que me había quedado en el impacto», es decir, en la apariencia, sin descender a la profundidad de las cosas. Es aquí donde don Giussani quiere educarnos: no para buscar una vía alternativa, dualista respecto a la realidad, sino para vivir intensamente lo real, para alcanzar con la mirada la profundidad de las cosas, y dentro de esa profundidad reconocer al Tú que las hace. «“Y mientras vivo en esta carne, [...] vivo de la fe en el Hijo de Dios”, es decir pertenezco a un Acontecimiento, a un origen que cambia la forma de mi mirada: la forma de la mirada se convierte en fe» (p. 87). La fe es esta mirada que llega hasta el fondo de la realidad, y es posible por su Presencia, de otro modo prevalecerá el dualismo. En cambio así cualquier circunstancia o «la persona que tengo delante de mí, sea quien sea, [...] marca el camino siguiendo el cual llegaré a Cristo, al Tú del que están hechas todas las cosas; y, por consiguiente, tengo estima de ella, la respeto, [...] puedo adorar su rostro» (p. 88). Esto supone una «revolución copernicana», como dices. Esto es lo que debemos decidir, amigos: si aceptar esta revolución copernicana que don Giussani introduce en nuestra relación con la realidad para vencer el dualismo o multiplicar la vida de iniciativas que tienen las horas contadas. Esta es nuestra contribución al mundo, nuestro «sí» a Él.

*Después de una noche por videoconexión con algunos amigos me surgía esta pregunta: «¿Pero de verdad mi mirada, que se abre, y mi adhesión, mi sí, pueden servir al mundo?». Esa noche hablábamos sobre esta situación que nos vemos obligados a vivir, sobre los análisis económicos de este periodo, análisis informativos, comunicaciones, «fase uno» y «fase dos»; me parece imposible que mi sí pueda contribuir de alguna manera al mundo. ¿Cómo puede mi sí, obligada como estoy a quedarme en casa haciendo las sencillas y banales tareas cotidianas de siempre, ser útil para el mundo? Yo pensaba: «Puede servirme a mí, y ya es mucho, ¿pero al mundo?». Como si lo que dices en la carta a la Fraternidad –«En este momento el reconocimiento de Cristo y nuestro sí a Él, incluso en el aislamiento en el que cada uno de nosotros podría verse obligado a estar, constituye ya hoy la contribución para la salvación de cada hombre» (Milán, 12 de marzo de 2020)– en el fondo, en el fondo, no fuera posible. Pero luego ha sucedido algo por lo que me gustaría entender si estoy en el camino adecuado. Esta mañana al levantarme me he encontrado en la mesilla el desayuno que me había preparado mi hija. Su gesto me ha hecho evidente que yo soy objeto de un bien infinito y preparar la comida de hoy llevaba dentro de mí un deseo de bien para todos los que se iban a sentar en la mesa. Decía para mis adentros: «Si alguno de los siete que comen en esta mesa ven este bien, podrán llevarlo allí donde estén. Y así comenzará la cadena, si Dios quiere». Después, retomando un fragmento de la Escuela de comunidad, leía el punto donde don Gius dice: «el bien no es lo “bueno”, sino que es adherirse a Él, seguir ese rostro, su Presencia, llevar su Presencia a todas partes» (p. 100). Entonces, la duda diabólica que se había abierto paso aquella noche empezó a vislumbrar un camino que hace que se disuelva. Quería saber qué opinas. Gracias. ¡Perfecto! ¿Veis? Tú ya has respondido a la pregunta que planteas: la duda se «disuelve». ¿Por qué se disuelve? Porque uno reconoce que la modalidad con que responde, su «sí», se convierte en un bien para todos. Lo hemos visto hoy en muchos episodios que habéis contado: cuando una madre percibe el bien que supone para su hija y viceversa, cuando otra va al hospital a dar a luz y las enfermeras le dicen que entrar en su habitación es otra cosa. Cada una de las cosas que habéis contado esta noche demuestra cuál es nuestra contribución al mundo. ¿Por qué? Porque nosotros hemos recibido la gracia –lo hemos visto en la Escuela de comunidad– precisamente para esto, esta es nuestra tarea: «Los apóstoles y sus sucesores entran con Cristo en el flujo de su Espíritu y*

participan de la misma misión de Jesús. Introducir a la humanidad en una relación definitiva con el misterio de Dios es su función fundamental: es la tarea para la que fueron elegidos. Y, junto con los obispos y sacerdotes, todos los cristianos están llamados a formar parte de esta elección y a asumir la responsabilidad de cumplir esta función» (p. 74). Introducir a la humanidad en la relación definitiva con el Misterio, porque el bien es la adhesión a Él. Esta es nuestra función fundamental por haber recibido la gracia de ser elegidos por el Misterio: ser testigos de algo que es para todos. En la medida en que vivamos la unidad del yo, sin dualismos, del encuentro al Tú, y experimentemos una mirada totalmente unitaria, seremos más conscientes de que la fe «florece sobre el límite extremo de la dinámica racional como una flor de gracia, a la que el hombre se adhiere con su libertad» (pp. 46). La fe, de hecho, genera un yo totalmente unido que a su vez suscita a su alrededor una unidad, es decir, una comunidad. Solo en la medida en que secundemos la propuesta que don Giussani nos ha hecho, podremos verlo suceder en nosotros y en los demás.

Escuela de comunidad. En este periodo estoy preparando un texto para seguir trabajando sobre el tema que habíamos elegido para los Ejercicios espirituales que no hemos podido celebrar este año: «¿Qué nos arranca de la nada?».

De este texto, ya está preparada la Introducción, que he escrito a partir de las contribuciones sobre la experiencia que habéis vivido ante los desafíos que plantea este tiempo de coronavirus.

Para la próxima Escuela de comunidad, por tanto, os propongo empezar a trabajar sobre la Introducción –la encontraréis en la web de CL a partir del lunes 11 de mayo–, pero sigamos teniendo presentes los dos primeros capítulos de la Escuela de comunidad que hemos trabajado estos meses y aún seguimos trabajando. Como hemos visto esta noche, son cruciales porque están en el origen de la «revolución copernicana» de la que hablaba nuestra amiga, de hecho inciden en nuestra manera de conocer, de estar en la realidad, y son una ayuda para entender bien la relación que existe entre el «conocimiento nuevo» que el acontecimiento cristiano introduce en nuestra vida y las circunstancias. La capacidad nueva de mirada y de afecto descrita en estos dos capítulos es la única forma verdadera de vivir el presente y debería ser la conciencia con la que atravesar todas las circunstancias de la realidad.

«Para que la mentalidad sea verdaderamente nueva es necesario que a partir de la conciencia de su “pertenecer” esté continuamente comprometiéndose a confrontarse con los acontecimientos actuales. Puesto que nace de un lugar presente, debe juzgar el presente; en caso contrario no existe: si no entra en la experiencia actual, presente, el conocimiento nuevo no existe, es una abstracción. En este sentido no dar juicios sobre los acontecimientos es mortificar negativamente la fe» (pp. 86). Si esta conciencia nueva no se ve continuamente comprometida con los acontecimientos del presente no penetrará en la vida, no podrá ser comprendida ni asumida y, sobre todo, como dice este capítulo, la fe se verá mortificada porque no abre la razón.

Por ello, tanto desde el punto de vista de método como de contenido, tengamos presente este mes tanto la Introducción del nuevo texto como el trabajo realizado hasta ahora sobre *Crear huellas en la historia del mundo*, de tal manera que nuestra verificación no sea una reflexión abstracta sino que consista en interceptar en nosotros mismos este conocimiento y afecto nuevos, como hemos hecho hoy, que nos permiten vivir las circunstancias de la realidad de un modo nuevo, como una auténtica «criatura nueva». Por lo demás, los desafíos que estamos viviendo no nos dejan espacio para separarnos de esta urgencia, como veremos también en la Introducción que os he mencionado.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 17 de junio a las 21 horas, con la modalidad que se comunique en función de cómo evolucionen las indicaciones sanitarias del próximo mes.

El libro del mes de mayo es *El despertar de lo humano. Reflexiones de un tiempo vertiginoso*.

Este libro ha nacido de esta circunstancia particular. Los responsables editoriales de BUR y Rizzoli, a los que se envió mi carta a la Fraternidad y el artículo publicado en el *Corriere della Sera*, consideraron que estos contenidos podían ser útiles para todos y me pidieron profundizar en ello. El

resultado ha sido este e-book. Para mí ha sido así una ocasión para reflexionar sobre algo que todos estamos viviendo, ofreciendo a todos la riqueza que vivimos.

El libro está disponible actualmente en formato e-book al precio de 2,49 euros durante el mes de mayo y 3,99 euros a partir de junio. La editorial ha señalado que la versión del libro en papel estará disponible a partir del 12 de junio al precio de 8 euros.

Fondo común. En la Escuela de comunidad de abril señalé la necesidad, en esta situación que se presenta muy complicada desde el punto de vista económico, de una gran seriedad en el compromiso con el Fondo común para hacer frente a las necesidades que están surgiendo entre nosotros. Estoy muy conmovido por cómo muchos de vosotros habéis acogido este aviso, haciendo vuestro el criterio de juicio expresado por el movimiento, siguiendo la impronta educativa original que nos enseñó don Giussani.

Huellas de mayo está disponible online y gratis para todos. Estos dos meses ha sido la única posibilidad, aparte de la suscripción, de poder recibirla y utilizarla con amigos y compañeros. En este sentido me permito haceros partícipes de la problemática de las suscripciones. Normalmente en los Ejercicios espirituales se realizaban varios miles de suscripciones, pero este año no hemos tenido esa posibilidad. Espero por tanto que toméis en serio la invitación a suscribiros igualmente, pues –como sabéis– la suscripción a *Huellas* supone la manera de sostener toda la actividad de comunicación, también a través de la página web.

Difusión de documentación del movimiento y de don Giussani. Os recuerdo que el movimiento publica normalmente en la página web, o mediante sus instrumentos oficiales, toda la documentación útil para nuestro camino. Os pido por tanto que no favorezcáis la difusión de otros documentos o materiales que pueden verse alterados o no haber sido verificados con sus fuentes, porque genera mucha confusión en un tiempo en que a través de internet y las redes sociales puede circular de todo y pasar por bueno.

Vacaciones de verano. Muchos nos están pidiendo indicaciones sobre las vacaciones de verano de las comunidades, un gesto que nuestro camino educativo siempre ha propuesto todos los años y al que todos estamos muy ligados. Creo que para juzgar cómo tratar también este aspecto de nuestra propuesta en estos tiempos extraordinarios hace falta que cada uno mire la experiencia que ha vivido estos dos meses. Hay quien lo ha llamado «tiempo suspenso», como decía al principio, pero la experiencia que he visto en muchos de nosotros era todo menos eso. Ha sido un tiempo pleno, lleno de significado y descubrimientos, aunque en un contexto de vida completamente distinto al de antes, privado de muchas cosas, que no hemos decidido nosotros. Entonces, si miramos la experiencia que hemos vivido, tal vez de ahí brote la mejor sugerencia para mirar también las vacaciones de verano. No estamos llamados a vivir “suspendidos” ni a inventar algo para llenar un vacío, sino a vivir incluso esta circunstancia de un modo inesperadamente distinto, como hemos visto esta noche. Cuánto podemos ganar cuando obedecemos a las circunstancias inevitables, como estas, que no hemos decidido nosotros, dejándonos cambiar. Teniendo en cuenta la situación sanitaria aún presente, las disposiciones al respecto emitidas hasta ahora por el Gobierno y también las delicadas implicaciones legales, la circunstancia actual nos está diciendo que no es posible proponer el gesto de las vacaciones comunitarias. Naturalmente, nada prohíbe que grupos reducidos de personas y familias, bajo su exclusiva responsabilidad, decidan organizar periodos de vacaciones y convivencia respetando las normativas vigentes. Pero hemos valorado en el Centro del movimiento que *Comunión y Liberación* como tal, tanto a nivel central como local, no promoverá ninguna vacación comunitaria.

Estoy seguro de que podremos contarnos el beneficio humano que recibamos de obedecer a las circunstancias y la creatividad atenta que brotará de ahí.

Meeting de Rimini “Special Edition”. El Meeting 2020 –bajo el título «Sin asombro, nos quedamos sordos ante lo sublime»– tendrá lugar del 18 al 23 de agosto en Rimini. Los encuentros, exposiciones y espectáculos se realizarán sobre todo en una modalidad digital desde el Palacio de Congresos de Rimini. Si las prescripciones en vigor en agosto lo permiten, será posible una participación física para un número limitado de personas. Dada la situación tan especial, la participación de los voluntarios se reserva a personas, en su mayoría adultos, con competencias específicas, con las que se pondrán en contacto personalmente los responsables del Meeting. También se pondrán en contacto con otros voluntarios que han colaborado en las últimas ediciones para que se impliquen en la difusión del Meeting.

Difusión de avisos del movimiento. Como ya mencioné la vez anterior, se ha creado una nueva plataforma web y una App llamada «Avisos CL» para la difusión de los avisos centrales del movimiento. Por eso os invito calurosamente a descargar esta App, pues es la única vía de difusión de los avisos nacionales.

*Veni Sancte Spiritus*  
¡Buenas noches a todos!